-No merece menor castigo, -respondió el Deseo-, quien tuviere atrevimiento de entrar al bosque de Cupido sin reconocerle basassaje y negándole el tributo debido.

Pero no ay discurrir en sus desesperados efetos que naide le obedece con mayor rendimiento que la hermossa Hipólita y anda aora acompañada de su congoxosso pensamiento contemplando en las passiones más dessesperadas de amor, como son sospecha de desesperación temor, duda y desengaño con otras muchas entradas [que] caen a la otra parte. (ff. 315v-317r).

36. **FEBO EL TROYANO**

de Esteban de Corbera
(1576)

por
José Julio Martín Romero

TESTIMONIOS

[1] Barcelona, en casa de Pedro Malo, 1576 [→]

TEXTOS

1. Los amores de don Playartes y la linda Filisea

Don Playartes alçó los ojos suso y vio a la linda Filisea con tanta hermosura y gracia en el mirar que no fue tanta parte para resistir su hermosa vista que no rasgase su coraçón, hasta poner la fuerça de su hermosura en el coraçón.

-¡Ay, Santa María!, -dixo él entre sí-. ¡Y qué cruelmente soy llagado y vencido para procurar por parte de tal vencimiento ganar la honra que se me deve para ser de todos vencedor!

Y diziendo esto, puso los ojos en la graciosa Filisea, la cual bien sintió, como sabia fuesse, la fuerça en la amorosa vista de don Playartes que su hermosura la avía causado.[...] No pudo la fuerça del amor encubrir en la dissimulación en la linda y graciosa duquesa Filisea la piedad que se devía a la pena que su hermosura causava en el príncipe don Playartes, que, ya que aviendo experimento con tanto tiempo cuán verdaderamente d'él era amada, no le paresciesse que le devía algún favor para sostener la vida a aquel que a su causa tan cerca de la muerte la traía, [...] de suerte que, teniendo [*don Playartes*] a Filisea entre sus braços gozando de la dulçura de su hermosa boca, assí fue de los encendidos fuegos de amor abrasado, que como fuera de sí, sin ser parte para dexarlo de hazer ni Filisea de turbada para lo resistir, tomó d'ella entera prenda de la obligación de su amor, de lo cual Filisea mostró muy grande enojo [...]. Tres o cuatro días después que en el estado de todo

Bibliografía: Eisenberg-Marín: nº 1734.

contentamiento le tuvo gozando de la gloria en los amores de la linda duquesa Filisea, pensando ser d'ella amado de tan verdadero y grande amor como él la amava, de grave enfermedad cayó en la cama algunos días, en los cuales más sentía el mal de no ver a su señora Filisea qu'el mal que tan gravemente le tratava. Y assí desde su lecho por cartas y por mensajes le hizo saber muchas vezes la pena que su ausencia le causava, y cómo el mayor mal de no poderla ver le quitava el sentimiento de lo presente tenía. Mas todo esto no fue nada hasta que sintió el más verdadero daño en el desamor y disfavores de Filisea, viendo que a carta ni a mensaje no le respondía. Y estava tan fuera de sí que no sabía qué dezir ni qué hazer, y menos qué pensar, no pudiendo hallar ni pensar causa porque la linda Filisea en el tiempo que le devía más amor le pagasse con desamor. Y ya que levantado la fue a ver, <y> la gloria que con verla pensó gozar se le bolvió en doblada pena, que viendo que no conoscía en su rostro la voluntad que antes, venido a su posada le escrivió suplicándole le quisiesse pagar con amor el amor que le devía, y no con aborrescimiento, y quisiesse hazerle merced de darle lugar a que pudiesse gozar de la gloria de su hermosura. Mas a cosa Filisea respondía, así que sin esta carta le escrivió otras. Y don Playartes con tanta desesperación que él se diera la muerte si no fuera por perder el alma, no sossegando los días, ni durmiendo las noches, don Playartes determinó de la ir a ver. Y teniendo algún lugar para le hablar, aunque Filisea lo rehusava, dixo:

-Mi señora, ¿qué crueldad es ésta tan grande, y qué desamor el que comigo hazéis? ¿Qué he hecho yo a la vuestra merced para ser assí tratado?

Ella con mucha gravedad respondió:

-¿Por qué dezís esso?

-Dígolo, -dixo él-, por lo que comigo hazéis aviéndome dicho que daríades lugar para me hazer mercedes y nunca avéis querido aun responderme a carta ni embaxada que os aya embiado. Suplicos, mi señora, que me digáis qué os he hecho para que vós hagáis comigo esto que hazéis.

-No he tenido lugar para escreviros, -dixo ella.

-Mi señora, -dixo él-, diga la vuestra merced que no quiere, y no diga que no tiene lugar.

A esto dixo ella tomando airado color:

-Ora pues que queréis que os lo diga, yo os digo que no quiero, que os quiero desengañar, y es que no curéis más de importunarme, que nos ha de aprovechar, que de lo que hize me pesa, no porque, ya que se avía de hazer, vós no merezcáis más que otro, mas porque no lo quisiera aver hecho. Y esto no avía de durar para siempre; y pues en algún tiempo nos avíamos de apartar, más vale que sea agora.

Ya se puede pensar lo que don Playartes con tales palabras sentiría, que fue tanto que no fue poco no perder el seso [...]. Y assí detenido en la paciencia de sus grandes dolores, en fe de quien las padescía, aguardava hazer algún gran miragro en la crueldad de Filisea, poniendo en el tiempo alguna esperança en razón del verdadero amor que le tenía, paresciéndole que no era possible que no se cansase de aborrescelle, pues él no se cansava de jamás la dexar de amar. Mas a la fin le salió al revés, porque cuanto más él en amar la perseverava, ella le aborrescía, lo cual le acarreara la muerte si no que a este tiempo el valiente Aureliano vino d'España, y en un mesmo tiempo vino un escudero suyo, llamado Firmio, de la gran Bretaña, el cual traxo nuevas de su señora la princesa Florindia, las cuales fueron parte para hazer olvidar el amor que a Filisea

tenía y ponerle con un nuevo arrepentimiento de lo hecho, y con grande deseo de ir a ver a su señora Florindia. (cap. 30, ff. 54v-61r).

2. Una aventura del Donzel del Febo

En frente de sí vio una boca de cueva muy orrible y escura, encima de la cual en la mesma peña estavan unas grandes letras gravadas, de lo cual no poco espantado, acercándose a la cueva leyó las letras que en su lenguaje estavan escritas, que ansí dezían:

El mayor secreto de los secretos estará secreto hasta que venga aquel que, venciendo las defendidas y secretas guardas, le pueda ser el secreto manifiesto, donde muriendo començará de bivir y biviendo empeçará de morir, que ansí lo quiso la sabia infanta, hija del infelice rey troyano, para mayor gloria de su successor y perpetua memoria de la sacrificada hermana por el cruel lobo griego. [...]

Y no fue bien diez passos dentro cuando delante se le paró un disforme y espantable salvaje cuya grandeza era mayor que de ningún jayán; era todo cubierto de mucho y muy espesso vello tan crespo y negro que era para poner temor en el más fuerte de los fuertes; traía un ñudoso bastón tan grande y pesado que tres hombres no lo movieran del suelo. No se espanta por le ver tan fiero el ilustre joven antes con un animoso denuedo sin mudar su intención que era passar adelante se fue para el salvaje. [...] Dando al salvaje un tal golpe con el su bastón, que del todo desatinado andava por caer, dando muy fieros bramidos; y acudiéndole con otro golpe que los caxcos de la cabeça le hundió, <y> el salvaje con un temeroso y horrendo bramido vino al suelo muerto. [...] Y el Donzel del Febo viéndolo muerto, no haziendo más caso d'él, como si nada echo uviera se metió por la cueva adelante. Mas a esta hora el ruido se començó tan grande, el estruendo tan espantoso que parecía el mundo hundirse; la cueva toda temblava, y a nuestro joven aparescían abominables y ferocíssimas visiones: unas en figuras de animales, otras de vestiglos y otras maneras de cosas infernales echando llamas de fuego por la boca.. Y la cueva estava tan oscura que no avía más claridad de la que las llamas de sí davan; y las visiones, con espantables y roncas bozes, unas aullavan y otras davan grandes gritos y bramidos, otras temerosos baladros; a todo lo cual estava aquel ilustre príncipe en pie con su fuerte bastón en la mano sin que la su rubicunda color del rostro se le mudasse, [...] y delante el Donzel del Febo se le paró un feroz y espantable león, tan grande como un mediano cavallo y tan fiero y orrible que cualquier fuerte cavallero bastara a poner temor; [...] [*el Donzel del Febo*] le dio otro golpe sobre la cabeça de manera que, esparzidos los sesos del león por la cueva, el bastón fue quebrado en muchos pedaços, y el león dando un doloroso y espantable bramido cayó en tierra estendiéndose con la rabia de la muerte; [...] havía dos fieros y temerosos gigantes, todos de fuertes hojas de azero armados salvo las cabeças, en las cuales ningunas armas tenían de más de unos caxcos de serpientes como por celadas; sus rostros se vían ser tan fieros que más infernales diablos que humanas personas parecían; la color de sus rostros era muy morena; las bocas tenían muy grandes como leones, de más que a cada uno d'ellos d'ella le salían dos fieros y retorcidos colmillos de más de medio palmo de grandeza, los cuales todo el baxero labio le tomavan; las narizes tenían muy anchas a manera de bueyes; los ojos parescían encendidas hachas; y en las frentes tenía cada uno dos cuernos de un

palmo en largo que más en orrible fealdad acrecentavan; en las manos tenían sendos grandes y limpios cuchillos [...]. Mas no teniendo temor ninguno por esso al peligro que ante los ojos tenía, viendo como para aquella gente eran escusadas razones y afirmando bien los pies en el suelo, levantó el braço y con una fuerça más que de cavallero le arrojó el grande y azerado venablo; y acertándole en la grande y fiera haz con la pared le enclavó la cabeça, quedando la hasta temblando y el yerro metido por la pared; lo cual por él echo, con indomado esfuerço, sacando el cuchillo de monte que al lado traía, estuvo aguardando al otro jayán, pensando que en ver a su compañero de aquella suerte para el se vernía; mas viendo cómo no moviéndose de allí hazía por la muerte de su compañero muy disformes gestos se fue con aventajado esfuerço para él y como muy cerca d'él llegasse hizo muestra de lo herir, que siendo visto por el gigante descargó el cuchillo pensando con el primer golpe fenesciendo la batalla vengar a su compañero. Mas el Donzel del Febo, que aquella no era su intención, con un ligero salto se apartó más de tres passos del jayán, y el cuchillo dio en el suelo donde fue quebrado haziendo tan grande ruido que pareció todo aquello hundirse. Y no avía bien el gigante descargado el cuchillo cuando aquel ilustre joven con otro ligero salto juntó con él y diole con su cuchillo un terrible golpe de revés en el rostro que de la cabeça le hizo dos partes, cayendo la una parte, que era de las narizes arriba, al suelo a una parte y todo el cuerpo a otra, haziendo no menor ruido que si un edificio cayera. Y el soberano donzel, viendo quitado delante de sí aquel estorvo, no fue perezoso en entrar dentro en la cuadra, quedando tan admirado de ver su riqueza cuanto se puede dezir, porque eran las paredes d'ella de un blanco y reluziente cristal, y por ellas de bulto maravillosamente retratadas las hazañas de Teseo, siendo los bultos de las figuras de fino oro. [...] Y el Donzel del Febo en lo ver estava tan admirado que en otro más de lo mirar no era por entonces su cuidado.

Estando pues ansí, un fiero y espantable centauro, tomándolo por las espaldas entre sus braços, con él se fue a meter por una puerta que en la cuadra avía, que como el Donzel del Febo se viesse en tal peligro, no le cegando punto el temor, con su cuchillo dio al jayán centauro tan penetrantes heridas y estocadas que soltándole cayó de la una parte muerto. Y el Donzel del Febo se halló en un espacioso y florido campo, en el cual todos los géneros y diversidad de árboles y yervas en que alguna olor y virtud ay encubierta no faltavan; las frutas todas las que son en el mundo estavan en los árboles sin jamás corronperse ni caerse d'ellos, en los cuales estavan aposentadas aves de diversa y estraña hechura y colores, las cuales algunas vezes rebolando por el sotil y templado aire que allí corría hazían con sus harpadas lenguas tan dulces cantos y sabrosa armonía que ninguna mundana música parecía que allí faltasse; los animales, assí silvestres como los que en los pueblos se crían bravos y mansos, andavan todos tan domésticos que de cualquiera dexavan tomarse; [...] en medio del campo vio una casa fabricada que, según su hermosura, por la divina mano pensó ser hecha, no pensando que natural artífice tal obra pudiesse hazer, porque su assiento, según dizen Claridoro y Rinaqueo, era éste: estava fundada sobre veinte y cuatro pilares de blanco y liso mármol que salían cuanto un estado de la tierra, encima de las cuales veinte y cuatro leones de oro parecían sostenerla, por cuyas bocas veinte y cuatro caños de agua que todo el campo regavan salían, con tan sonoroso son y dulce armonía que ma-

ravillosa cosa era de oír; las paredes eran todas hechas de preciosas piedras llenas de muchos diamantes, çafires, carbunclos, rubíes y otras muchas de diversas maneras, con tanto resplandor que heridas del claro sol los rayos que d'ellas salían quitavan la vista a los ojos humanos; [...] y el Donzel del Febo se halló en una cuadra redonda en medio de la cual vio un sepulcro, el más estraño y rico que se podía imaginar. Estava rodeado de doze pilares de cristal con gran arte hechos, los cuales tenían una capilla toda de un ardiente y fino rubí; encima de cada pilar estava un ángel de oro esmaltado con ricos y sutiles esmaltes con una acha encendida, la cual aunque siempre ardía nunca se gastava. En medio de la capilla estava el bulto del sepulcro, que era de cristal tan claro que muy bien se podía ver lo que dentro d'él avía, que era un bulto o cuerpo de donzella. En torno de la cuadra estavan muchas figuras de donzellas tan ricamente labradas y los gestos con tanta perfición que propriamente ser bivas parescían; tenían en las manos instrumentos de diversas maneras con los cuales en entrando el Donzel del Febo començaron una tan dulce música que no parescían sino ángeles que para representar la celestial allí eran venidos, porque la suavidad y melodía de la música era tanta que el Donzel del Febo le parescía ser en el paraíso; y las trompas que algunas tañían juntamente con el son hechavan tan odoríferas flores y rosas que encima de la cabeça al Donzel del Febo le caían, que si nunca se acabara, aquella tuviera por la mayor gloria que humanamente podía alcançarse. Y con esto y con mayor desseo de ver lo que en el sepulcro avía, se acercó a él; y ansí vio sepultada una donzella que entonces parecía aver sido muerta, con tan extremada y increíble hermosura que el Donzel del Febo pensó fuesse alguna celestial visión, porque no pensava que en cuerpo humano tanta pudiesse caber. Estava cruelmente degollada, teniendo la llaga tan reziente como si entonces se acabara de hazer, y encima de sus cabellos (los cuales por ser tan rubios como <que> el reluziente oro resplandecían y reluzían) tenía puesta una guirnalda de finíssimo oro con inestimables piedras en ella engastadas haziendo muy estraña labor. Por el sepulcro estava metida una espada que por medio de los pechos de aquella hermo[sí]ssima donzella estava hincada, y solamente encima del sepulcro la empuñadura y guarniciones se parecían, siendo tan ricas que no recebían comparación ni ay humana lengua que su riqueza y estrañeza pueda dezir ni contar: eran todas de un fino inestimable diamante, salvo el pomo que de un reluziente carbunclo era, que de sí, ansí él como el diamante, infinitos rayos de resplandor hechavan, los cuales reverberando en las paredes de la cuadra, que como oístes de fino cristal eran, no menos claridad de sí que el resplandeziente sol de sí davan.

No se puede dezir cuán admirado el Donzel del Febo de ver tantas y tan estrañas cosas quedó, especialmente de la hermosura de la donzella, que celestial y divinal serafín caído del cielo parescía; [...] vino a conocer ser aquella donzella que allí sepultada estava la infanta Policena, hija del passado rey Príamo de Troya, su antecessor, [...] y ansí estando en la mirar muy embevido, no sabiendo cómo, se le mudó la figura de Policena en una tan divina y angélica faz que no cosa humana y nacida en la tierra parecía, mas que sobrepujando toda orden de naturaleza uviesse caído del cielo, representando en su vista parte de la gloria que a los que en él abitan les es concedida; assí que, aunque en la figura que de antes tenía fuesse dotada de toda perfición en hermosura tanto cuanto humano entendimiento lo podría imaginar,

con gran parte a la que hora en ella se veía no igualava, [...] mas en esto sintió muy grande ruido y estruendo, y como alçasse la cabeça por ver lo que era, con grande espanto suyo vio las donzellas que primero el dulce son con los acordados instrumentos hazían bueltas en disformes y fieros gigantes, y los instrumentos que antes tenían en las manos en muy tajantes y cortadoras hachas, con las cuales haziendo el dicho ruido para él querían mover. Y no poco d'ello espantado, como sin armas se viesse por aver perdido el cuchillo en la batalla con la sierpe, viendo ante sí la rica espada que por el sepulcro estava metida, en un punto la tomó de la empuñadura y, tirando d'ella muy rezio, la sacó muy ligeramente y con gran facilidad. Mas no la uvo sacado cuando el aire se hinchió de una muy escura y espessa niebla, tanto que quitada la claridad ninguna cosa podía verse, y por el medio d'ella començaron tan espantosos bramidos y gritos. Y el estruendo fue tan grande, los baladros y las bozes tan temerosas, que no parescía sino que allí fuesse el abismo; y muchas roncas bozes se oían que dezían:

-Desecha es nuestra antigua morada, quitado nos an el poderío que en ella teníamos.

Y a la fin aviendo aquella tempestad durado media hora, dando un grandíssimo estampido y espantable trueno, cessó todo, hallándose el Donzel del Febo en el florido campo donde dexara su cavallo. (ff. 66r-68v).

37. FÉLIX MAGNO
(1543)

por
Claudia Demattè

TESTIMONIOS

[1] Sevilla, Sebastián Trugillo, 1543
[2] Sevilla, Sebastián Trugillo, 1549 (30 de abril) [→]

TEXTOS

1. Batalla entre Félix Magno y el gigante Gavalión

Contado vos avemos cómo el rey Sirián de España mandó pregonar un torneo, al cual vinieron muchos cavalleros de diversas tierras, tanto que dezían averse juntado en aquel torneo la flor de todos los cavalleros del mundo, donde se hizieron cosas muy estrañas en armas, las cuales no se cuentan aquí pues no hazen al propósito de nuestra historia. Sino que sabréis que, como este gran torneo fue acabado, acaeció así que llegó a la ciudad

Bibliografía: Eisenberg-Marín: nº 1739. **Edición**: Libros I-II por Claudia Demattè, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001. **Estudio**: Demattè (1998). **Guía de lectura**: Demattè (2000).